

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LA SOMBRA DE LA CULPA

POR
PATRICK QUENTIN



Los planes de la acaudalada *Mrs.* Hadley para casar a su sobrino Chuck con Ala, sobrina de su marido, se ven perturbados por Don Saxby, cuya seductora personalidad le permite introducirse en el ambiente familiar. Su brusca aparición y sus ambiciosos fines amenazan cambiar el curso de la vida de todos. Pero súbitamente Don aparece asesinado en su departamento y desde ese momento comienzan a producirse los acontecimientos más inesperados y de la más extrema tensión, que llevan a un dramático final, totalmente sorpresivo.

LA SOMBRA DE LA CULPA

Patrick Quentin

CAPITULO PRIMERO

Eran cerca de las tres de la tarde cuando mi mujer me telefoneó a la oficina para decirme que tenía localidades de última hora para no sé qué beneficio en el Metropolitan esa misma noche. Ya había invitado a los Ryson.

—Sé que el jueves te quedas hasta tarde, querido, pero me gustaría tanto que pudieras arreglarlo...

Sabía yo muy bien que tendría que ir, pero al prometer que llegaría temprano a casa, una muy conocida sensación de depresión se apoderó de mí. Debía sacrificar otro jueves, de nuevo se me privaba de las escasas horas preciosas para mí, en que podía permanecer a solas con Eve, las que se habían convertido ahora en el único aliciente que me sostenía durante la semana.

A los pocos instantes entró Eve con algunas cartas para que yo las firmase; tuve que decírselo, aunque como lo esperaba no se alteró por eso. En realidad, tenía mucha más paciencia que yo en esta situación tan desgraciada. Había tratado por todos los medios, y mucho más que yo, de evitar que nos enamoráramos, y ahora, cuando nos resultaba imposible ahogar nuestros sentimientos, era siempre ella quien insistía en que nuestro comportamiento fuera lo más decente posible hasta que llegase el día en que yo pudiera pedirle el divorcio a Connie sin causar demasiados perjuicios a nadie.

—Oh, bueno —dijo—, no puede evitarse, ¿no es así? Esto ya no durará mucho de todas maneras.

Se encogió de hombros en forma resignada. Habíamos establecido, como ley inalterable, que nunca nos besaríamos en la oficina. Pero cuando la miré por encima del escritorio que nos separaba y contemplé su tranquilo rostro de aspecto tan común, esas facciones que se habían convertido para mí en algo tan esencial como el aire, la necesidad de tocarla se hizo más fuerte en mí que cualquier buen propósito. Me acerqué a ella y la tomé en mis brazos.

—Nena, si supieras cómo me mortifica esto, la mentira, el disimulo, tener que ir hacia ella todas las noches haciendo el papel de Esposo y Padre Modelo.

—Ya lo sé —dijo ella—, naturalmente que te comprendo. Pero ese es el menor de los males. ¡Oh, George querido...!

También ella abandonó sus buenas intenciones y estrechándose contra mí me besó en la boca, consiguiendo como siempre hacer mi vida más soportable.

Sonó el teléfono. Era Lew Parker, mi jefe en la Unión de Carburos. Me necesitaba en la sala del Directorio. Acudí allí enseguida.

Cuando regresé a nuestra casa de la calle 64 encontré a mi mujer, sentada frente a su mesa tocador en nuestro enorme dormitorio. Todo en la casa era demasiado grande. Había pertenecido al padre de Connie, que formó siete años atrás la Unión Corliss de Subproductos de Carbón y a su muerte nos habíamos mudado allí, a pesar de que yo me había opuesto a ello. Aunque había dejado de ser simplemente el yerno tratado cortésmente en el Imperio Corliss ya que comencé a progresar por mi cuenta en la Compañía, era humillante para mí tener que vivir en una casa que estaba más allá de mis posibilidades económicas. Pero Connie no lo había considerado así.

—Papá quería que nos hiciéramos cargo de ella, querido. Y, después de todo, parece bastante absurdo no hacerlo cuando podemos costearlo tan fácilmente.

Ella había dicho «podemos», con toda naturalidad. Connie era una gran diplomática.

Cuando entré, mi mujer levantó los ojos hacia el espejo, tras los mil adminículos de tocador.

—Hola, querido. Deseo con toda mi alma que la noche no resulte muy aburrida. Nos encontraremos con Mal y Vivien en el Metropolitan. Ala salió con Chuck, pero más tarde irán por allí. Todo esto se ha convertido en una especie de celebración del casamiento.

Su rostro se iluminó como sucedía invariablemente cada vez que se mencionaba la boda de Ala. Chuck Ryson era el hijo de su adorada hermana mayor, que había muerto en una clínica para enfermos mentales cuando el muchacho tenía pocos años aún, y desde entonces todo el amor de Connie por el clan Corliss se había dirigido hacia Chuck y su padre Mal. Casi desde el primer día, después que mi hermano y su mujer perecieran en un accidente de aviación y vino a nuestra familia la única hija que tuvieran, Ala, una asombrada y rebelde muchachita de diez años, el casamiento de ella y Chuck había sido el empeño más grande de Connie. Y, por tratarse de Connie, era muy natural que se hubiera salido con la suya.

La mano de mi mujer se movía sobre los cosméticos. Era extraño que Connie pareciera siempre tan indecisa acerca de su maquillaje y vestimenta. Nunca pude entender la causa, pues era terriblemente competente en cualquier otra cosa, manejaba maravillosamente la casa, era una madre superconsciente para Ala y dominaba innumerables comités culturales y de beneficencia. Hacía más extraño todo esto el hecho que de cualquier manera siempre terminaba por parecer maravillosa. Su rostro fresco y redondo nunca envejecía. A los treinta y cinco años podía parecer de veintisiete. Era mucho más bonita que lo que Eve fuera jamás.

Pero cuando levantó la cara hacia mí para que la besara y mis labios rozaron su mejilla que olía débilmente a

coldcream, no sentí nada salvo depresión y un resentimiento que, por supuesto, era completamente injustificado.

—George querido. Voy a ponerme el collar de perlas de mamá. ¿Qué otra cosa podría ponerme? Ya conoces a Vivien, se adornará hasta los dientes.

—¿No te gustaría la pulsera de perlas barrocas? —dije indiferente. La había encargado para ella en Cartier's cinco años atrás para nuestro séptimo aniversario de casamiento.

—¿Las perlas barrocas? —dijo—. ¿Crees que estará bien? Bueno, tal vez. Ya pensaré algo.

Al final pensó en un grueso brazalete de grandes perlas iguales que, como el collar, también formaba parte de la herencia Corliss...

Fue en el Sherry's Bar; en un entreacto del Metropolitan, cuando vi por vez primera a aquel joven. Connie y yo estábamos bebiendo con los Ryson. Mal tenía esa apariencia modesta, artificial que solo un gran banquero puede exhibir. Vivien deslumbraba, extremadamente chic en su modelo de Dior y con los diamantes que llovieron sobre ella desde que Mal, viudo ya hacía mucho tiempo, la descubrió el año anterior en un concurrido hotel de Toronto cuando era una oscura figurante en Hollywood.

El aburrimiento y la inquietud fueron la causa de que me diera cuenta de la presencia de aquel hombre que parecía completamente diferente del típico público que nos rodeaba. Era de aspecto sumamente atrayente, con cabellos muy negros, ojos del mismo color y espesas cejas oscuras que acentuaban la rudeza de un rostro que, de otra manera, hubiera sido de tipo acentuadamente cinematográfico. Pero no era su apariencia exterior lo que le daba esa individualidad. Yo estaba tratando de descubrir qué era: ¿inteligencia?, ¿vitalidad física?, cuando sorprendió mi mirada y sonrió. Enseguida se acercó a nosotros y pu-

de darme cuenta de que la sonrisa no era para mí, la destinataria era Connie.

–Hola –dijo–. Este encuentro más bien perjudicará mi pequeño gesto. Mañana por la mañana va usted a recibir un ramo de rosas amarillas de un admirador olvidado. Solo hoy después de un mes, he conseguido un aumento de sueldo.

Mi mujer parecía un poco confusa. Luego comprobé asombrado que su rostro se iluminaba de contento. Digo «asombrado» porque nunca, en todos los años de nuestro matrimonio, había visto que Connie mostrara más que una vaga y orgullosa cortesía hacia cualquier tipo de jóvenes. En todo momento era la mujer del César. Esta era una de las muchas razones por las cuales el cambio resultaba tan intranquilizador.

–Bueno, eso es un anuncio agradable –dijo–. *Mr. Saxby*, creo que usted conoce a *Mr. Ryson*. Esta es su esposa y este es mi marido.

Se oyó entonces el sonido de la campanilla que indicaba el fin del entreacto y nuestro grupo se separó, pero en el segundo intervalo estuvo de nuevo *Mr. Saxby* a nuestro lado. Mientras conversábamos, contemplaba a Connie con admiración no disimulada.

Connie le respondía con una exagerada vivacidad que en ella era casi coquetería.

Justo en el momento en que volvía a sonar la campanilla que nos llamaba al teatro, mi mujer dijo:

–Si no tiene usted ningún compromiso, *Mr. Saxby*, ¿por qué no viene a casa después de la función? Ya sabe dónde vivimos, ¿no es así?

–Tendré mucho gusto, pero ¿por qué me dice *Mr. Saxby*? Yo creía que éramos Don y Connie.

Un ligero tinte rosado apareció en las mejillas de Connie.

–Encantada, Don –dijo. Cuando volvíamos a nuestros asientos dije:

–Te ruego me digas quién es *Mr. Saxby* o debo decir, ¿quién es Don?

Connie se encogió de hombros con su gesto habitual de indiferencia.

–Oh, es solo un muchacho para quien pude conseguir un empleo en las Galerías Keller. *Mr. Keller* integra uno de mis Comités Artísticos. Le facilité una entrevista.

–Pero ¿dónde le conociste?

–¿Dónde fue? Ah, sí, en una exhibición privada. Es un artista canadiense; dio la casualidad que había conocido a Mal en uno de sus viajes a Toronto. No hace mucho tiempo que está en Nueva York. Se me ocurrió que tal vez te divirtiese, porque es muy inteligente.

–Es muy atrayente también –le dije.

–Sí –Connie me dirigió una rápida mirada de soslayo—. Tienes razón, es atrayente, ¿verdad?

Cuando ocupamos nuestras plateas y comenzó de nuevo la música de Verdi, pensé un poco sorprendido que, aunque noche tras noche dormía con ella en la misma habitación, no tenía la más ligera idea de lo que mi mujer hacía durante el día.

Me acosó entonces la nostalgia de la presencia de Eve dominando toda otra sensación. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? Nada, probablemente. Simplemente estaría a solas en su pequeño departamento, resignada a una situación con la que yo no podía conformarme; tal vez pensaría en mí deseando que fuera gentil con Connie.

Mi mujer estaba sentada en la butaca vecina. Sin querer, su mano tocó la mía, pero la retiró rápidamente...

Mr. Saxby fue un gran éxito en la casa de la calle 64. Se las arregló para encantarnos a todos, y cuando llegaron Ala y Chuck, Connie estaba positivamente radiante.

Chuck Ryson era un muchacho muy joven y guapo que había heredado todas las virtudes de su padre, y al parecer, nada del desequilibrio de su madre. Se comportaba muy bien en el Banco de su padre y estaba frenéticamente

enamorado de Ala desde sus días de novicio en Harvard. Como yerno en potencia era lo mejor que cualquier padre podía desear para su hija, pero todo eso no impedía que me resultase aburrido.

—Hola, George —dijo—. ¿A que no te imaginas lo que me pasa? Me mandan el lunes a Chicago por dos semanas. ¿Cómo pueden hacer tal cosa a un hombre que va a casarse dentro de un mes escaso?

Empecé a decir algo apropiado, pero su mirada se desvió, inevitablemente, para contemplar a Ala a través de la habitación. Yo también la miré. Mi sobrina se había puesto tan bonita para entonces que, a cualquier hombre le era difícil dejar de mirarla. Había descubierto a Don Saxby y se sentó en el suelo con él, al lado de la silla de Connie. Al vernos nos hizo un gesto con la mano.

—Chuck, George. Ustedes tienen que conocer a este hombre perfectamente maravilloso. Conoce a todos los grandes músicos de *jazz* y el próximo martes irá a una fiesta en honor de Spike Tankerville. Imagínense. Es el trompetista más famoso de Satchmo^[1]. Habrá una sesión de «jam^[2]».

La hermosa e indulgente sonrisa de Don Saxby destinada a Ala cambió de destino y me fue dedicada.

—Spike es un viejo amigo de Toronto. Mr. Hadley. Como Ala es una entusiasta tan grande del *jazz*, tal vez le gustaría ir a la fiesta.

—¿Lo dice en serio? —Ala pegó un salto—. ¿De verdad? ¡Qué maravilla! Como Chuck se va a Chicago, ya tenía planeado morirme de aburrimiento. Su rostro resplandecía, pero en ese momento Connie se puso de pie. Tenía lo que Ala llamaba el «aspecto de dueña y señora».

—Es muy amable de su parte, Don —dijo—, pero no creo que le convenga a Ala.

Debí haber imaginado que eso tenía que suceder. Ya hacía varios años qué existía un constante conflicto entre la exuberancia sin barreras de los Hadley y las rígidas normas Corliss de Connie acerca de lo que era o no conveniente para una joven «bien educada». Pero al notar la opaca y casi desagradable palidez de las mejillas de mi mujer, no estuve del todo seguro que esto fuera simplemente otra manifestación de su acostumbrado «Mamá sabe más».

Me sentí sorprendido y exasperado a la vez. ¿Cómo una mujer de película «sofisticada» estaba temerosa de que Ala le arrebatase su joven admirador?

–¡Pero, Connie...! –Ala la miraba fijamente. Luego se dirigió a Chuck–. A Chuck no le importa, ¿no es así, Chuck? No creo que seas de criterio tan estrecho como para pensar que el conocimiento de Spike Tankerville va a corromper mi juventud o algo así.

Chuck se mostró muy embarazado.

–Claro. Ala, naturalmente que no. Pero si Connie se opone...

–Mucho me temo que ella va a oponerse –dijo Connie–. Y en forma definitiva. De modo que dejémoslo así por ahora, ¿eh?

Eso deshizo la reunión. Ala se marchó de la habitación dejando un silencio molesto, y algunos instantes después todos se habían ido y Connie y yo nos quedamos solos en el gran *living-room* feudal de los Corliss. Connie dijo:

–Bueno, querido, ¿nos vamos arriba? Como de costumbre cada vez que me encontraba solo con ella, me asaltaba la idea de que ninguno de los dos existía. Dije:

–Creo que me voy a tomar una última copa antes de acostarme.

Luego que se marchó me preparé la bebida y me senté a saborearla, sintiendo en mí la vieja y familiar mezcla de emociones: aburrimiento, culpa y el deseo urgente de Eve. Pocos segundos más tarde entró Ala. Dudó un poco

cerca de la puerta, hubiera podido afirmar que se sentía tan desgraciada como yo. Tiempo atrás habíamos estado estrechamente unidos, pero últimamente parecía que nuestros caminos se habían separado.

—George, lamento muchísimo haber armado tal lío. Sin embargo, algunas veces siento que si ella no deja de importunarme me voy a enloquecer.

Corriendo atravesó la habitación y se sentó en el brazo de mi sillón.

—En realidad, ¿qué es lo que le pasa? Voy a casarme con Chuck, ¿no es así? En todo soy correcta. ¿Por qué me trata entonces como si fuera una muchacha inconsciente? George, querido, me muero de ganas de ir a esta fiesta. ¿No podrías arreglarlo con ella?...

Comenzó a acariciarme el pelo, adulándome en forma desvergonzada. Recordé entonces la mirada resplandeciente en los ojos de mi mujer cuando Don Saxby estaba sentado a sus pies, y junto con el deseo de hacer feliz a Ala, me acometió un impulso perverso de castigar a Connie por haberme impedido gozar de algunas inocentes horas con Eve.

—Yo te lo arreglaré —le dije.

—Oh, George, eres un ángel.

Ala me besó entusiasmada y se eclipsó envuelta en una nube de tafetán blanco. Apagué entonces las luces y subí a reunirme con Connie.

Ya estaba acostada. Había dejado encendida la luz del velador y su rostro, bajo su brillante y cepillado cabello, aparecía pálido y joven. Cuando me quité el saco no tenía el menor deseo de provocar una escena, pero, a pesar de todo, me esforcé en hablar.

—He dicho a Ala que puede ir a la fiesta.

Mi mujer se sentó en la cama. Tenía puesto su incitante camisón negro. No era lo que correspondía a una Corliss.

—Pero, George —su voz estaba endurecida por la exasperación—. ¿No aprenderás nunca que no soy un ogro?

Cuando le prohíbo que haga algo, siempre hay una razón.

Me senté en el borde de mi cama y comencé a quitarme los zapatos.

–Por amor de Dios, ya tiene 19 años. Se va a casar dentro de un mes. ¿Qué mal puede hacerle todo esto?

–Principalmente, *Mr. Saxby*. Apenas le conozco.

–¿Apenas le conoces? –Sentí que el corazón me latía con fuerza—. ¿Cuándo le conseguiste un empleo? ¿Cuándo, según parece, has estado viéndole día tras día durante meses?

–Eso no es cierto. Le ayudé porque siempre trato de ayudar a la gente que me necesita. Pero solo le vi tres o cuatro veces.

–No me parece que haya sido así. Hace todo el efecto de que hubieras estado trastornada por él.

De repente, todo empezó a andar mal. Ya no discutíamos a causa de Ala. Habíamos pasado a un tema poco frecuente y mucho más peligroso.

Por un momento se quedó mirándome. Luego, con la misma voz dura dijo:

–¿Hubiera significado algo para ti que yo hubiera estado trastornada por *Mr. Saxby*?

–Bueno, ¿estuviste...?

Sus manos asieron convulsivamente el borde de las sábanas.

–Toda la noche estuviste a disgusto, ¿verdad?

–Por favor...

–Todo lo que querías era estar tranquilo en la oficina, leyendo y trabajando. Me di cuenta de que todo el programa era un desastre. De manera que cuando *Mr. Saxby* apareció, yo... yo creí que podría ser una ayuda.

–¿Ayuda? ¿Ayuda en qué?

–Dios mío, por el mero hecho de estar ahí. Porque era una persona nueva –su voz era como un lamento del corazón—. ¿Qué es lo que pasa, George? Intento desentrañar-

lo. No puedes acusarme de no intentarlo. ¿Qué nos está pasando? No lo entiendo.

En forma borrosa me di cuenta de que con un poco de habilidad podía aprovechar ese momento como punto de partida para hablar de «incompatibilidad» y preparar el terreno para el divorcio. Pero en el mismo instante supe que no podría seguir adelante. No era precisamente la sensación de culpabilidad. Ni siquiera era cobardía. Por primera vez en muchos años, ella me había dejada ver lo que pasaba en su interior y con una realidad desoladora había surgido de la vacía soledad dentro de la cual había luchado para vivir apoyada en sus virtudes, eficiencia y buenas intenciones. Lo supiera o no, estaba tan abandonada como yo antes de encontrar a Eve, y Connie no tenía ninguna Eve.

Traté de sobreponerme y me obligué a aproximarme a ella; cuando me senté en el borde de su cama me acordé muy a mi pesar del sentimiento que años atrás se despertaba en mí al sentarme en su cama; la excitación, el orgullo, el... ¿qué? ¿El asombro triunfante de que yo, solo un simple muchacho campesino de New England, un muchacho empleado en el conjunto Corliss, hubiese sido acogido favorablemente por la bella hija del patrón?

En ese tiempo, ella, y todo lo que la rodeaba, había significado para mí un conjunto de maravillas. Un deslumbramiento que, tal vez ingenuamente, con mi inexperiencia juvenil, confundiera yo con el amor.

—¡Connie...! —la estreché en mis brazos y la besé tratando de no pensar en Eve. Por un momento, ella permitió que la abrazara, luego se separó de mí casi bruscamente.

—Lo siento mucho. No puedo imaginarme qué me ha pasado. Es muy tarde, querido. Mejor será que tratemos de dormir.

Su mano me empujaba suavemente alejándome de la cama.

–George, no te preocupes por Ala. Ya hablaré con ella por la mañana.

Odié en ese momento que se rindiese en forma tan total. «Pero, si tú crees verdaderamente que...».

–No, todo se arreglará perfectamente. Me parece que a veces soy demasiado estricta con ella. Buenas noches, George.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, llegó para mi mujer una gran caja de rosas amarillas. Al salir yo para la oficina. Connie las estaba arreglando con experta eficiencia en un gran vaso de cristal.